Marcelo Torretta

“Los visitantes”

Escultura / Pintura

Muestra Colectiva

FUNDACIÓN
MACU
Museo de Arte
Contemporáneo
de Unquillo

Apertura 30 de julio
Cierre 25 de septiembre de 2022

Fundación MACU

Av. San Martín 588 - Unquillo
Córdoba - Argentina
www.fundacionmacu.com.ar
fundacionmacu@gmail.com

Alejandra Lazzarini
Presidente

Adriana Hoya
Secretaria

Pablo Canedo
Tesorero

Florentino Sanguinetti
Raúl Alberto Díaz
Héctor Julio Chalub
Adriana del Valle Peretti
Fanny Graciela Gabutti
Vocales titulares

Luis Bernardi
Ernesto Mario Berra
María Elena Piatti
Eduardo César Quintana
Rodolfo González del Solar
Vocales suplentes

Gustavo Nahuel Burni
Fiscalizador

Cecilia Casenave
Fotografía

Juan José Peiretti
Diseño Gráfico

Los visitantes

Los visitantes… los visitantes, la clínica. A la mañana y a la tarde recibía el té. Así transcurría el tiempo, el té de la mañana y el de la tarde. El té de la visita, que despierta a un tiempo propio donde uno empieza a ser lo que es. El envoltorio de té, su saquito, plasman al visitante, asiduo y variado, a veces fantasmal, que acompañará la rutina de la clínica y la propia, hasta el final del calendario.

Luego, el alta. Volver a casa liberado del mantra de la rutina mínima. Ahora sí: la pintura incontinente, sin filtro; casi literal. Donde no faltan la herramienta ortopédica ni la ambulancia o alguna metáfora del encierro. Si el alta significa fuera de peligro, el tiempo también nos aleja de él.Estar a salvo es empezar a pensar y eso se percibe en la imagen, cada vez más desafectada. Los sucesos del pasado se transforman en un eco que se suma al imaginario de la pintura.

Marcelo Torretta

Los visitantes

Los visitantes... los visitantes, la clínica. A la mañana y a la tarde recibía el té. Así transcurría el tiempo, el té de la mañana y el de la tarde. El té de la visita, que despierta a un tiempo propio donde uno empieza a ser lo que es. El envoltorio de té, su saquito, plasman al visitante, asiduo y variado, a veces fantasmal, que acompañará la rutina de la clínica y la propia, hasta el final del calendario.

Luego, el alta. Volver a casa liberado del mantra de la rutina mínima. Ahora sí: la pintura. Incontinente, sin filtro; casi literal. Donde no faltan la herramienta ortopédica ni la ambulancia o alguna metáfora del encierro. Si el alta significa fuera de peligro, el tiempo también nos aleja de él. Estar a salvo es empezar a pensar y eso se percibe en la imagen, cada vez más desafectada. Los sucesos del pasado se transforman en un eco que se suma al imaginario de la pintura.-

Marcelo Torretta

Las máscaras invisibles

Hay en la obra de Marcelo Torretta una invariante cuya naturaleza no resulta fácil descubrir. No diré cual es. Tal vez no sepa a ciencia cierta como definirla. Pero sí puedo aventurar, a juzgar por sus efectos, que vive allí donde el propio artista pretende excluirla. La pulsión que anuda sus enigmas habita, precisamente, en las variaciones de sus encubrimientos, en la cadena de sustracciones que dan entidad a sus personajes. O sea, en sus máscaras invisibles.

En su obra es lo no contado, lo no dicho, lo no mostrado -es decir, lo indemostrado- lo que le confiere a las situaciones un tinte por momentos absurdo, casi siempre siniestro. Su postulación de la realidad opera por paradojas sin resolución posible: antes de comenzar el relato en ciernes se detiene, deja en suspenso todo devenir, no sin suscitar un espanto indescifrable.

Martin Heidegger, en una obra demasiado famosa, postuló que el destino existencial del hombre está decidido por (en) el ser-para-la-muerte. Su amigo y contradictor Karl Jaspers consignó entre las situaciones límites al padecimiento, que plantea el horizonte del fin como instancia definitiva e inevitable, pero demorada, potencial, y, por ende, impensable. Estos retratos de Torretta surgen de una situación radical que convoca ambas definiciones: se trata de la experiencia de la muerte eludida. O, más bien, de su forma incierta: la prolongada agonía que sucede a un accidente grave, cuyo desenlace final se ignora.

Ocho meses de internación tras un episodio fortuito y fundamental le infligieron un aprendizaje transformador. Cautivo en una cama de hospital, inmovilizado, apenas consciente, entre sucesivas operaciones demarcó el tiempo dibujando con una birome en el reverso de los envoltorios de té en saquitos -el único papel disponible. De esos raros momentos de lucidez surgen estos casi dos centenares de rostros aureolados, a manera de conjuro contra el tedio y la tentación del fin. Ese espacio de clausura hospitalario, el menos hospitalario de los espacios, que linda con lo inhabitable, produce una serie de acotamientos en la vida de una persona en los cuales el desafío consiste en volverse un sujeto abstracto, prescindente de las incomodidades del cuerpo, que, sin embargo, impone sus reales bajo la forma del sufrimiento y la impotencia. Se produce entonces una total detención del flujo de los eventos que traman una vida; la inmovilidad absoluta propinano solo un corte de la cotidianidad sino que brinda la experiencia doble de la suspensión del tiempo y de la más palpable dimensión del dolor. Por ello, la entrega a cierto onirismo compulsivo es su resultante ineludible.

Para huir del padecimiento y la inanidad y anonimidad del hospital público (con su olor a orines, el frío que cala los huesos, los gritos de los penados, la brutalidad y amabilidad forzosa de las enfermeras, la soledad absoluta; en fin: la pérdida de control sobre la propia vida) hace falta un gigantesco esfuerzo para el cual solo se cuenta

con la menoscabada potencia de la imaginación. Nada invita a la creación; apenas al ejercicio de la certidumbre sobre quién se es -o, más bien, se era. Ahora todo es pasado. O, lo que es lo mismo, eterno y leve presente, sin densidad. Pero entonces sucede el pequeño milagro. Llega un punto en que todo se vuelve abstracto, salvo la memoria.

Aunque se trate de una memoria desflecada, compuesta del desfile un tanto aleatorio de figuras antiguas, sin nombre, sin voz, que vuelven como un atavismo ominoso y reparador, no deja de proveer un universo paralelo, en cierto sentido acogedor. Así, rostros de historietas leídas en la infancia conviven con rasgos vintage ceñidos sobre las figuras del hospital: enfermeras con peinados a la banana, luciendo desusadas cofias de cartel publicitario, o soldados bisoños con birrete y flequillo infantil conviven sin solución de continuidad con la sonrisa afectada y amable de un amigo al que no podemos identificar.

Sin embargo, hay algo que no se capta al golpe de ojo. Algo obvio pero no visible (aunque no invisible). Algo les ha sucedido a esas personas, algo que no prevén aún, pero que ya ha sido. Están en un pasado permanente, actualizado, que desencaja con la mirada actuante de quien los contempla. Orlados de un tono amarronado, té viejo, sobre un fondo blanco, puro, enmarcados en cajas lustrosas, tras un vidrio transparente, evocan las fotografías de las lápidas de cualquier cementerio en el que un sinfín de rostros anónimos pero familiares, congelados en el momento circunspecto, ocasional, donde la muerte aún no era una perspectiva, nos miran sonrientes, rozagantes. Nada anuncia la muerte en esos rostros anodinos, ya muertos. Están sumidos en la paradoja del tiempo. Solo dicen su verdad a aquel que ha visto a la muerte a los ojos y volvió para contarla. Aquel que, por un instante, ahora eterno, en la duermevela alucinada de los quirófanos y las salas de curación de los hospitales, entregado a la contemplación desinteresada de una vida que parece ajena, los invoca y les da forma, es decir, vida, sin siquiera saber quiénes eran, quiénes son. El desfile de almas en pena ha visitado a aquel que estuvo vacilando entre uno y otro lado de ese límite difuso que llamamos muerte, y, casi sin advertirlo, los transformó en invitados sorpresa a la celebración infinita que llamamos vida. Hay arte auténtico allí donde una obra logra capturar esa dimensión crucial de la finitud; el cese de la presencia nos recuerda que solo somos espectros expectantes en el teatro de sombras del destino. Y que solo el arte puede decir su nombre.

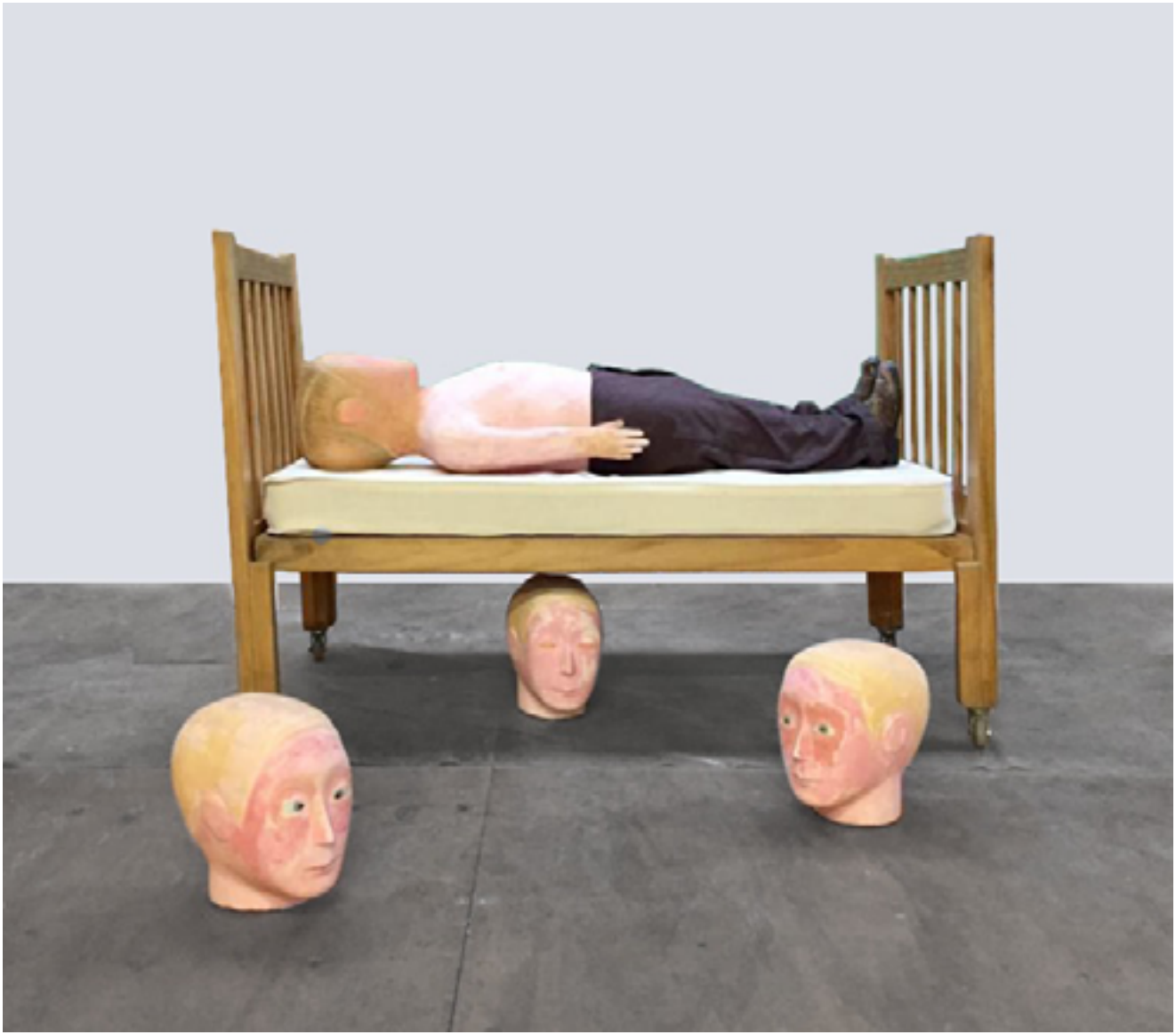
Guillermo David

Sin título
Acrílico sobre canvas
140 x 150 cm
2022

Sin título
Acrílico sobre canvas
140 x 150 cm
2022

Sin título
Acrílico sobre canvas
140 x 150 cm
2022

Sin título
Acrílico sobre canvas
140 x 150 cm
2022



Instalación
Yeso policromado, madera, tela, goma, espuma y cuero
90 x 68 x 90 cm
3 cabezas de yeso policromado
25 x 25 x 20 cm cada una
2022

Sin título
Bolígrafo y tinte del sobre s/sobre de té
10 x 11 cm
2022

(Desde página 11 hasta página 20)

Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014

Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014

Torrettz
HN 2014
Torrettz
HN 2014
Torrettz
HN 2014

Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014

Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014

Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014

Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014

Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014
Torretta
HN 2014

Marcelo Torretta

Nace en Morteros, provincia de Córdoba en 1962. Estudia y trabaja en el campo de la gráfica publicitaria en Córdoba, Rosario y Buenos Aires.
En 1987 viaja a Europa, y se establece por un periodo de siete años en Italia, donde estudia de forma autodidacta la pintura europea, realizando así en 1988 sus primeras muestras individuales en Malmö, Aarhus y Milán.
En 1994 vuelve a la Argentina, se establece en su ciudad natal por un periodo de dos años. En 1996 llega a Buenos Aires, donde reside actualmente.
Desde el año 1997 ha participado de muestras colectivas e individuales y premios, entre las que destacan:

2022 - “Los visitantes”, Instalación, MACU Museo Arte Contemporáneo de Unquillo, Unquillo, Córdoba.
2020 - “Los visitantes”, Instalación Site Specific, Teatro Auditórium, Centro Provincial de las Artes, Mar del Plata.
2018 - Primer Premio Pintura, “Salón Manuel Belgrano”, Museo Sívori.
2017 - “Frágil”, Instalación, Galería Ensemble, Buenos Aires.
2017 - “La Maison”, Galerie Zola, Cité du livre, Aix-en-Provence, Francia.
2010 - “Identidades del Sur”, Arte Argentino Contemporáneo, Smithsonian Institution, Washington DC, EEUU.
2009 - “Armar y Desarmar”, Pinturas, Museo Emilio Caraffa, Córdoba.
2007 - “Pinturas”, Klaus Steinmetz Arte Contemporáneo, San José de Costa Rica.
2005 - Primer premio “Certamen Iberoamericano de Pintura”, Fundación Aerolíneas Argentinas.
2005 - Primer Premio Pintura, “Premio Argentino de Artes Visuales Fundación OSDE”.
1998 - VI Bienal Internacional de Pintura de Cuenca, Ecuador.
1998 - Primer Premio, Premio Fundación Klemm de Pintura.

Muestra Colectiva

Artistas participantes

Escultura

Marcela *Argañaraz*
Ernesto *Berra*
José *Benito*
Luciano *Carbajo*
Pablo *Canedo*
Mariano *Castañeda*
Raúl *Díaz*
Sara *Galiasso*
Rodolfo *González del Solar*
Diego *Gutiérrez*
José *Koropecki*
Nöel *Loeschbor*
Jacinto *Muñóz*
Roxana *Serra*
Álvaro *Sosa Villanueva*
José *Utrera*
Walter *Páez*

Pintura

Fabio *Egea*
Santiago *Gramajo*
Paco *Rodríguez Ortega*
Ramiro *Vázquez*

Marcela *Argañaraz*

Divergente I, Divergente II y Divergente III
Cerámica y alpaca
2021

Ernesto *Berra*

La casa vacía
Madera y placa de acrílico
24 x 23 x 8 cm
2020

José *Benito*

Sin título
Técnica mixta

Luciano *Carbajo*

Pegaso
Hierro oxidado
76 x 130 x 30 cm
2022

Pablo *Canedo*

Auto con pedazo de camino
Bronce a la cera perdida
15 x 27 x 14 cm
2012

Mariano *Castañeda*

Animal blanco
MDF - Técnica mixta
30 x 18 x 10 cm
2022

Raúl *Díaz*

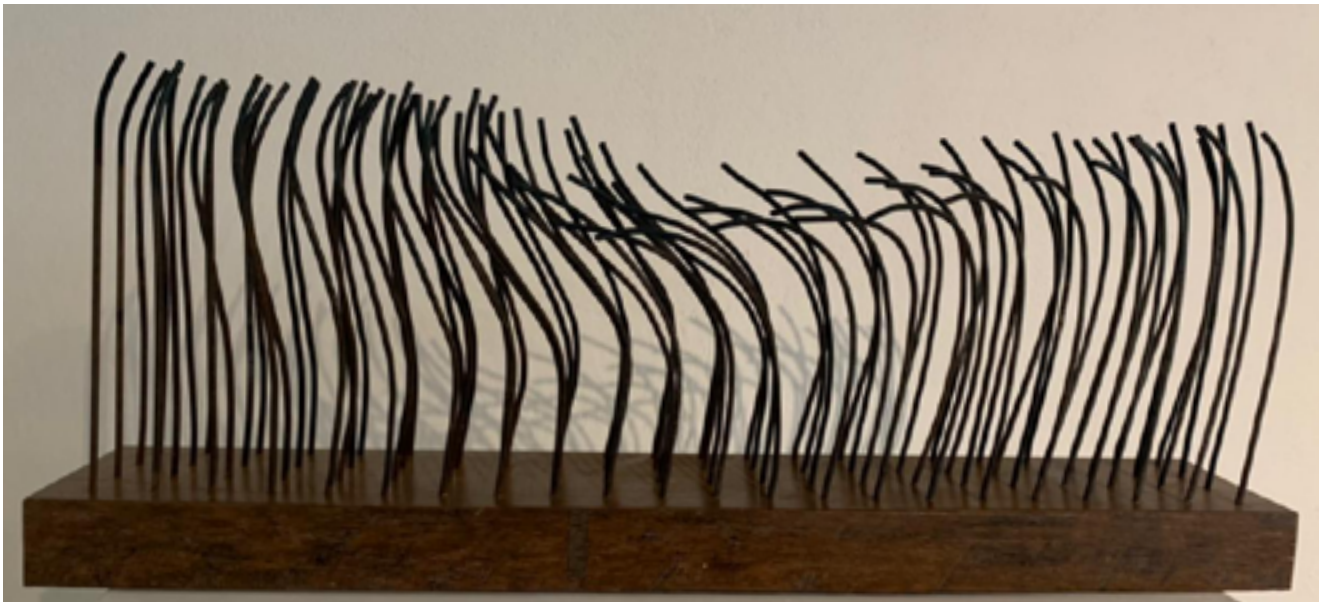
Situación I
Fundición con resina
28 x 56 x 14 cm
2022

Sara *Galiasso*

En equilibrio
Ensamble
117 x 27 x 17 cm
2020

Móvil con círculo
Ensamble
28 x 28 x 5 cm
2021

Rodolfo *González del Solar*



Pastizales
Madera y hierro
115 x 48 x 47 cm
2022

Diego *Gutiérrez*

Sueño a cuestas
Chapa batida
35 x 44 x 23 cm
2021

José *Koropecki*

Cypraea
Serie “Desde el mar”
Resina poliéster
43 x 35 cm
2022

Nöel *Loeschbor*

El alien (azul)
Mosaico sobre cemento directo
50 x 25 x 30 cm
2015

Jacinto *Muñóz*

Tirando facha
Cerámica. Técnica gres
55 x 35 x 20 cm
2022

Walter *Páez*

Sin título
Escultura de madera y metal
107 x 35 x 18 cm
2020

Roxana *Serra*

A cococho
Fundición en bronce
16 x 7 x 4 cm
2018

Álvaro *Sosa Villanueva*

Despierta
Madera reciclada
160 x 50 x 50 cm
2015

José *Utrera*

Lágrimas amarillas
Talla en algarrobo

Fabio *Egea*

Te pregunta
Óleo sobre papel
55 x 65 cm
2020

Santiago *Gramajo*

Homenaje a Shakleton
Técnica mixta sobre lienzo
100 x 100 cm

Paco *Rodríguez Ortega*

Antropomorfismos
Óleo sobre tabla entelada
45 x 35 cm (cada una)
2019

Ramiro *Vázquez*

Sin título
Acrílico sobre lienzo
25 x 25 cm
2017

FUNDACIÓN
MACU
Museo de Arte
Contemporáneo
de Unquillo